

pero este, sospechando de su lealtad, le hizo ó dejó asesinar por Tannequy de Castillo; malísimo expediente, aunque no fuese criminal. Su hijo Felipe el Bueno, *perla de los valientes y estrella de la caballería*, se presentó como vengador de su padre, y tuvo en su favor al rey, á la reina y á todo París; los cuales hicieron una paz vergonzosa con Inglaterra, dando á Enrique la mano de la bella Catalina, hija del rey, y la esperanza de ocupar el trono de Francia, excluyendo al delfín.

1420. Los Franceses, que aborrecían toda dominación extranjera, se unieron al delfín, el cual se alió con la Escocia, recelosa del incremento de los Ingleses, y venció á estos en Baugé. Volvió entonces Enrique al continente con veintiocho mil guerreros, castigó sangrientamente á sus adversarios, y desplegó en París una pompa insultante; pero la muerte le detuvo en su carrera á los treinta y cuatro años de edad. Siguió en breve al sepulcro Carlos VI, que no mereció alabanzas ni aun despues de muerto.

CAPÍTULO VIII

Carlos VII. — Juana de Arco.

1422. Entre los dolores que agobiaron á Carlos VI, uno fué el ver morir á cinco hijos varones; le sucedió Carlos VII, proclamado rey sin mas ceremonia que alzar una bandera con las armas de Francia; se hizo coronar en Poitiers, al mismo tiempo que en París era proclamado el Inglés Enrique VI. Las virtudes del primero, tanto en paz como en guerra, le hicieron popular, representando la legitimidad y la independencia; pero le fué adversa la fortuna en las batallas, de modo que perdió todas las tierras que están al Norte del Loira: los Ingleses para vilipendiarle, le llamaban el rey de Bourges, y unidos con el de Borgoña trataban de asestarle el último golpe. Pero el duque de Glócester, hermano de Enrique V, desembarcó en el continente para ocupar á Holanda, Zelanda y Westfrisia, que le correspondían por dote de Jacoba, hija del conde de Hainaut. Felipe el Bueno, que pretendía estas posesiones, se dirigió contra él, y obligó á Jacoba á reconocerle como heredero, en el caso de que no tuviese hijos, con cuyo pacto este poderoso aliado se separó de Inglaterra.

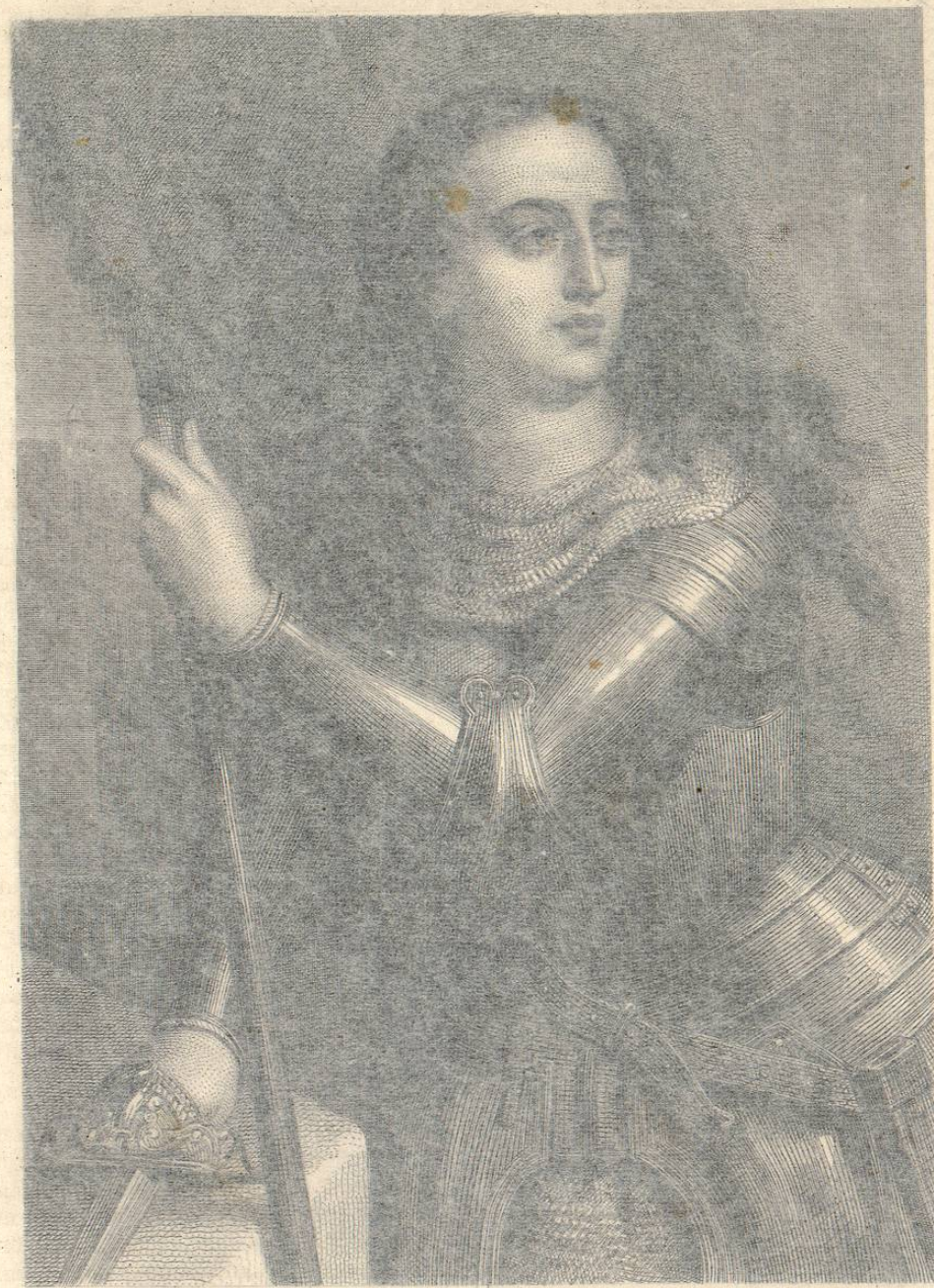
Carlos VII quería distraerse, ó engañar á los demas entregándose á continuas fiestas y bailes, tanto que un caballero le dijo: « No se podría perder mas alegremente un reino. » Pero muchos se abochornaban de la servidumbre extranjera y trataban de rechazarla: uno de estos era Dunois, que se gloriaba de haber dado muerte con su propia mano á dos mil Borgoñeses, y otro era Lahire, valiente por obligación, sin ambición ni envidia, que oraba diciendo: « Dios mio; haced por mí lo que quisiérais que hiciese yo por vos, si fuese Dios y vos Lahire. »

Estos y otros dieron algunas ventajas á las armas francesas; pero la soldadesca feudal y los orgullosos caballeros despreciaban al pueblo y á las milicias de los Comunes, ignorando ó envidiando su fuerza. Mientras tanto los Ingleses avanzaban á la cabeza de soldados populares; de victoria en victoria, y reconciliados con Borgoña, pusieron sitio á la ciudad de Orleans.

1428. Carlos perdió los ánimos y pensaba retirarse como un desertor al Delfinado; pero una mujer habia levantado al reino. María de Anjou, esposa del rey, principió á reanimarle, prometiéndole el socorro del Cielo y vendiendo todos sus bienes para ocurrir á los gastos, é Ines Sorel, su amante, se hizo perdonar sus debilidades sosteniendo el valor del rey. Un astrólogo le decia un dia que estaba destinada á dominar el corazon de un gran rey, y ella volviéndose á Carlos le dijo: « Señor, permitidme que me vaya al lado de Enrique VI, porque en breve reunirá en su cabeza las dos coronas. » De este modo la mujer y la querida disuadieron á Carlos de una determinación que hubiera perdido el reino.

Pero si la Gran Bretaña no lleva hoy el título pomposo de Reino Unido de Francia y de Inglaterra, si no traniza las conciencias en la Galia como lo hace en Irlanda, se debe á otra mujer, no contaminada por la corona ni por los amores. Aun hoy se enseña cerca del pueblo de Domremy en la diócesis de Toul, sobre una colina cerca de un bosque de encinas, las ruinas de la ermita de Nuestra Señora de Vermont, y la perspectiva del valle que desde allí se descubre eleva el alma á Aquel que adornó el campo y la selva con tales galas que superan toda la pompa régia. Aquella ermita era venerada con gran devoción en todo el país, y quizá porque antiguamente se celebraban allí los ritos paganos, la tradición asociaba á aquel sitio extrañas y temerosas ideas de hechicería. En la primavera el castellano y los paisanos acudían á bailar alrededor de una magnífica haya que allí se elevaba, á tejer coronas y á adornarla como se hace con el mayo.

1428. Juana de Arco n. 1410. A la sombra de aquel árbol de las hadas dejaba volar su imaginación con frecuencia Juana, sencilla campesina, llena de candor y piedad, que todos los sábados encendía una luz á una imagen del vecino bosque, llevándola también las flores mas hermosas que encontraba cuando pacían los rebaños de sus padres. No conocía el mundo, pero oía decir á sus padres que la patria estaba amenazada por el oprobio del yugo extranjero, y vió ó se figuró ver al arcángel Miguel, á Santa Margarita y Santa Catalina, y con mas frecuencia oyó voces que la animaban á libertar á su patria del invasor. Hija de paz, llamada á empresas guerreras, y á cambiar su rueca por la espada, humilde en el fondo de su alma y en presencia de los Santos de quienes se creía instrumento, pero resuelta ante los poderosos de la tierra á los cuales nunca habia deseado conocer, se presentó al comandante de



JUANA DE ARCO.

Garnier, frères, Éditeurs.

pero esto, respetar la libertad, lo fue a
 1420. el expediente, aunque no fuese criminal. Su
 hijo Felipe el Bueno, *porta de los valientes y
 estrella de la caballería*, se presentó como ven-
 cedor de su padre, y tuvo en su favor al rey, a
 la reina y a todo París; los cuales hicieron una
 paz vergonzosa con Inglaterra, devolviéndole
 la bella Catalina, hija del rey, y
 esperanza de ocupar el trono de Francia, en ar-
 rendo al delfín.

Los Franceses, que amaban más la
 1421. con extranjera, se desentendieron del delfín, el cual se
 alió con la reina, y con los del socorro de
 los Ingleses, y volvió a estar en Francia. Volvió
 entonces Enrique, el cual antes era vauclotto
 del guerrero, a ser el más valiente de su
 1422. a guerra, y volvió a ser una pompa is-
 sible, pero se desentendieron en su car-
 rera a los Ingleses, y a los de su ciudad, y a
 el delfín, que no volvió a ser más que un
 a la guerra, y a la guerra de muerte.

CAPÍTULO VIII

Carlos VII. — Juana de Arc.

Entre los nombres que se oyeron en el
 1422. Carlos VII. — Juana de Arc.
 su nombre, y el de Carlos VII. — Juana de Arc.
 de la guerra, y a la guerra de muerte.
 m...
 In...
 ta...
 la...
 de...
 ba...
 qu...
 vil...
 un...
 el...
 he...
 ne...
 fri...
 hij...
 pre...
 y...
 en...
 pac...
 terra.

Carlos VII. — Juana de Arc.
 demas entredos, y a la guerra de muerte.
 tanto que un...
 » perder más...
 chos se abochornaban de la guerra...
 jera y trataban de...
 Durais, que se gloriaba de haber dado muerte
 con su propia mano a dos mil...
 otro era Lahire, valiente por obligación; sin
 ambición ni envidia, que craba diciendo: « Dios
 » me... por mí lo que quisierais que in-
 » ciese yo ser vos, si fuese Dios y vos Lahire. »

Basas y otros dieron algunas ventajas a las ar-
 mas francesas; pero la soldadesca feudal y los
 caballeros despreciaban al pueblo y a
 a los señores de los Comunes, ignorando o
 despreciando su fuerza. Mientras tanto los In-
 gleses se colocaron a la cabeza de soldados po-
 poteros en el campo de victoria, y reconciliados
 con Francia, pasaron a la ciudad de

Carlos VII. — Juana de Arc.
 como no deservía al...
 había levantado al...
 del rey, principio a...
 socorro del Cielo y vendiendo...
 para ocurrir a los gastos, a fines Sorel, su amante,
 se hizo perdonar sus debilidades...
 el valor del rey. Un astrólogo le decía un día que
 estaba destinada a dominar el corazón de un
 gran rey, y ella volviéndose a Carlos le dijo:
 « Señor, perdonadme que me vaya al lado de Sa-
 » rra y de Carlos VI, porque es bueno reunirse en su cabeza
 » las dos coronas. » De este modo la mujer y la
 guerra... a Carlos de una determina-
 ción que hubiera perdido el reino.

Pero si la Gran Bretaña no lleva hoy el título
 pomposo de Reino Unido de Francia y de Inglis-
 terra, si no tranza las conciencias en la Galia
 como lo hace en Irlanda, se debe a otra mujer,
 no reunida por la corona ni por los...
 a la guerra, y a la guerra de muerte.
 m...
 In...
 ta...
 la...
 de...
 ba...
 qu...
 vil...
 un...
 el...
 he...
 ne...
 fri...
 hij...
 pre...
 y...
 en...
 pac...
 terra.

En la cumbre de aquel árbol de los...
 daba volar su imaginación con frecuencia...
 sencilla...
 que antes los...
 lengua del viento bosque, llevándola...
 las aves más hermosas que encontraba...
 desde los...
 a sus padres que la...
 por el oprobio del...
 se figuró ver al arcángel...
 Santa Catalina, y...
 que la animaban...
 a su patria del...
 Hija de...
 llamada a...
 ruca por la espada,...
 en el fondo de su...
 alma y en presencia de los Santos de quienes se...
 creía instrumento, pero resuelta ante los...
 rosos de la tierra a los cuales nunca había...
 se presentó al comandante...



G. Stael del. Geoffroy sc.

JUANA DE ARCO.

Garnier, frères, Éditeurs.

Vaucouleurs, pidiéndole que la llevase á la presencia del rey. Juana, rechazada varias veces como visionaria, y al fin cediéndose al entusiasmo de una persuasión invariable y al impulso del pueblo que cree y admira allí donde la prudencia discute y vacila, fué presentada á Carlos VII, á quien reveló un secreto que ella solo sabía, prometiéndole que Dios tendría piedad de Francia. Conociéndose cuán útil podía ser esta humilde pastora de diez y nueve años (*paupécula bergereta*), fué acogida magníficamente; mas siendo instada para que hiciese un milagro, respondió: « No he venido yo á esto; pero la misión que se me ha dado es dar la libertad á Orleans. »

Una comisión de teólogos declaró que nada se oponía á mirar como divina la misión de esta joven, y lo mismo opinó el parlamento; la hermana del rey con otras damas se convencieron de su inocencia; el pueblo manifestaba cada vez mas admiración, y mujeres y ancianos y todos corrían á verla y se marchaban diciendo: « Verdaderamente es enviada por Dios. » Los doctores y sacerdotes insistían en examinarla y ella lo sufría, respondiendo á sus eruditas citas: « Examinadme, el libro de Dios dice mas que los vuestros. Yo no sé ni la A ni la B, pero vengo de parte de Dios para salvar á Orleans y consagrar al delfín en Reims. Mas antes debo hacer una intimación á los Ingleses: Dios lo quiere. ¿Tenéis papel y tintero? Escribid, yo os dictaré..... Á vosotros Sulford, Talbot, Glasdas, La Poule, en nombre del rey del Cielo os intimo que os volváis á Inglaterra: si no, lo haréis muy pronto y con gran pérdida. »

Por lo tanto la fueron concedidas armas como caballero aventurero, armadura blanca, caballo negro y la espada de Carlos Martel que ella había pedido, pero que no usaba, llevando en su lugar el estandarte blanco flordeado, y exhortando á los soldados á confiar en Dios, á amar á la patria, á confesarse y á abandonar á las malas mujeres se arrojó, puesta á su cabeza, sobre las trincheras inglesas. Los vencedores de Crecy y de Azincourt huyeron ante aquella admirable doncella, que daba unidad al valor y autoridad al mando, y tuvieron que abandonar el sitio de Orleans, que había sido salvada ya otra vez por un milagro. Siempre iba Juana delante de los combatientes, pero ella no mató á nadie, permaneciendo así inmaculada de estragos y de vicios en medio de la sangre y corrupción de los campos de batalla; sencilla como una pastorcilla, y fuerte como una heroína; temible para los enemigos, y sin embargo tan propensa al llanto, que lloraba cuando veía morir á alguno ó cuando por venganza ó por envidia lanzaban denuestos á su honor, lamentándose sobre todo en las batallas porque perecían tantos sin confesión. No se salvó, pues, la Francia por el valor, ni por cálculos políticos, sino por la piedad; y es una cosa admirable el oír de la misma boca de Juana la profunda

convicción que la hizo libertadora de su patria (1).

(1) « Si hice algun bien á la Francia, fué por gracia y mandato del rey del cielo, que me lo impuso por medio de sus ángeles y Santos, y todo lo que yo soy, lo soy por revelación y voluntad de Dios. Obedeciéndole me presenté al rey y antes me hubiera dejado hacer pedazos que presentarme á él sin el permiso del Cielo. Todos mis actos están en la mano de Dios; en él y en nada mas tenía puesta mi esperanza y la realicé con todas mis fuerzas. Nada me mandaron ó permitieron estas sino con el permiso y aprobación de Dios, y todo lo que yo hice de orden suya, creo que lo he hecho bien, por esto mismo. »

« No me bastarian ocho dias para repetir todo lo que Dios me reveló. Diré sin embargo cómo se me aparecieron los Santos por primera vez. Hace siete años un medio dia (tenia yo trece años y me hallaba en la huerta de mi padre) oí por primera vez á mi derecha hácia la iglesia una voz, y apareció ante mis ojos una figura rodeada de un esplendor no terrenal; su rostro era el de un hombre bueno y virtuoso; tenia alas, estaba circundada por todos lados de luz, y la seguían los ángeles del cielo. Los ángeles bajan con frecuencia entre los Cristianos, sin que estos lo noten y yo he visto varias veces á alguno entre ellos. El que se presentó á mí fué el ángel Miguel. Su voz me pareció extremadamente venerable; pero como entónces era yo una niña, me dió mucho miedo aquella aparición, y dudé si sería verdaderamente un ángel. Despues de haberla oído tres veces, reconocí finalmente su voz, y me enseñó tantas cosas que es preciso creer que era efectivamente un ángel. Yo vi á él y á los ángeles claramente con estos ojos, como os veo ahora á vosotros que sois mis jueces, y creo en todo lo que él me ha dicho y hecho, como creo en la pasión y muerte de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo; y me inducen á tener tanta fe sus buenos consejos, y el auxilio y las sublimes lecciones que en todos tiempos me ha dado. »

« Aquel ángel me dijo que sobre todo procurase ser una buena niña, conducirme bien y frecuentar la iglesia, y que Dios me asistiría. Me manifestó la gran piedad que Dios tenia de la Francia, y me dijo que yo debía acudir al socorro de su rey. Añadió que vendrían á verme las Santas Catalina y Margarita, y que yo debía hacer lo que me diesen, porque eran enviadas por Dios para guiarme y asistirme con sus consejos en lo que tenia que hacer. »

« Segun habia dicho el ángel, se me aparecieron despues las Santas Catalina y Margarita, las cuales me mandaron que cogiese mi hatillo y fuese á presentarme á Roberto de Brancourt, capitán del rey en Vaucouleurs; que este me rechazaria al principio varias veces, pero que por último se someteria á mis deseos y me daría gente que me conduciría adonde estaba el rey en lo interior de Francia, y allí yo haría levantar el sitio de Orleans. Les respondí que yo no era mas que una pobre muchacha que no sabía montar á caballo ni dirigir una batalla. Entónces me dijeron que procurase llevar con valor mi bandera, que Dios me ayudaría, y que mi rey llegaría á recuperar todo el reino á despecho de sus enemigos. *Consuétate, añadieron, y cuando estés delante del rey, le darás una prueba tal que le hará tener fe en ti, y te dará la bienvenida.* Ellas me han guiado continuamente por espacio de siete años y me han auxiliado en todas mis miserias y trabajos; y ahora no pasa dia que no vengán á visitarme. No las he pedido sino que protegiesen mi guerrera expedición, y que Dios prestase su auxilio á los Franceses y defendiese sus ciudades; no pedí nada para mí misma, excepto la salvación de mi alma. Desde la primera vez que oí su voz, prometí espontáneamente á Dios permanecer virgen, pura de alma y de cuerpo, si así era su voluntad, y las Santas me prometieron entónces llevarme al paraíso como yo lo había deseado. »

« Las Santas no me mandaron guardar en secreto sus apariciones, pero me callé pensando que los Borgoñones, y sobre todo mi padre, impedirían que fuese á ver al rey; por lo demas me permitieron, si yo quería, hablar de ellas á mis padres, pero yo no lo hubiera hecho por nada á todo el mundo. En lo demas siempre he obedecido puntualmente á mi padre y á mi madre: si aquella vez no lo hice y partí sin decirles nada, tengo seguridad de estar libre de culpa, pues partí de orden de Dios, y mandándolo Dios hubiera partido aunque hubiese tenido cien padres y cien madres, y hubiera sido la hija del rey. »

« No recuerdo haber oído la voz de estas Santas cerca del árbol de las hadas; las he visto algunas veces en la fuente, pero no recuerdo qué me dijeron. Desde que supe que debía ir á lo interior de Francia, me abstuve cuanto pude de los juegos y fiestas bajo el árbol de las Hadas, y creo que no he